

SOBRE MIGUEL CAPEL (1932-1991)PEDRO SOLER VALERO
Pintor

El persistente desorden, en el que han discurrido mis no pocos años relacionados con el arte, incubó un sinfín de notas, recortes de periódicos, libros, poemas, catálogos, etc., que encierran vidas y anécdotas de personas y artistas (muchos de ellos importantes) que conocí y con los que compartí experiencias, charlas, tertulias y otros trajines extraños que, para los faranduleros no son estimulantes y enriquecedores. Y digo lo de "faranduleros" ya que toda forma de arte, es para mí una trasgresión y un engaño. Más como no es éste el tema que nos ocupa, volveré sobre el inicio de mis palabras para decir que el desorden de todo lo archivado, me provoca a veces incómodas situaciones de las que suelo salir, con más fantasía que rigor, pues nunca encuentro aquella documentación que habría de sacarme del apuro, cuando me piden opinar, hablar o escribir, sobre determinada persona a la que conocí.

Tantas veces hice el propósito de enmendar tal desaguisado, que ya como tantas cosas, dejé al azar o que alguna forma de invalidez me proporcione el tiempo necesario para ello. Y en tal determinación, me sorprende de nuevo con la demanda de unas letras, sobre un personaje que conocí y del que en alguna parte poseo la documentación adecuada, aunque no excesiva, ya que él fue poco dado a tratar y relacionarse, con aquellos que hablan o escriben sobre lo que un artista desarrolla.

Así que nuevamente sorprendido, ésta vez por Rosa, que me cuenta la aventura de hacer una revista, dedicada a nuestro común pueblo de Sorbas. Podría decir aquello de "En peores plazas he toreado". Pero alejado de tal intención, me complace y me revitaliza la fe de aquellos que han de hacer realidad tan arriesgado proyecto y a más digo, lo ya tan machacado de "honrado y complacido" porque se acordaran de mí para contar lo que sepa sobre la vida y obra de Miguel Capel. Personaje él, que al margen de las consideraciones de cada cual, es



Miguel Capel

honra, de la que le dedicó su pueblo, que más bien fue ninguna.

No es esto crítica para una comunidad, de por sí dada al olvido y a la chanza. Asuntos por otro lado serios, si se ejercen con rigor. Y como decía Borges: "Lo que es común a un hombre, lo es para todos los hombres". Es decir, que el olvido de aquellas personas que aportaron algo, no es exclusivo de un lugar, es común a todos los lugares. Por ello, me complace y me honra reparar en lo que pueda y sepa tal asunto, para decir aquello que supe y conocí de Miguel Capel. El cual me honró, con su extraña e imprevisible amistad, que era como él hacía todas las cosas, incluyendo sus cuadros, donde ejercía la fuerza, el primitivo valor nunca contaminado y la memoria de **aquellos años de su infancia que no olvidó jamás**, ya que probablemente fueron los únicos felices de su nada fácil vida.

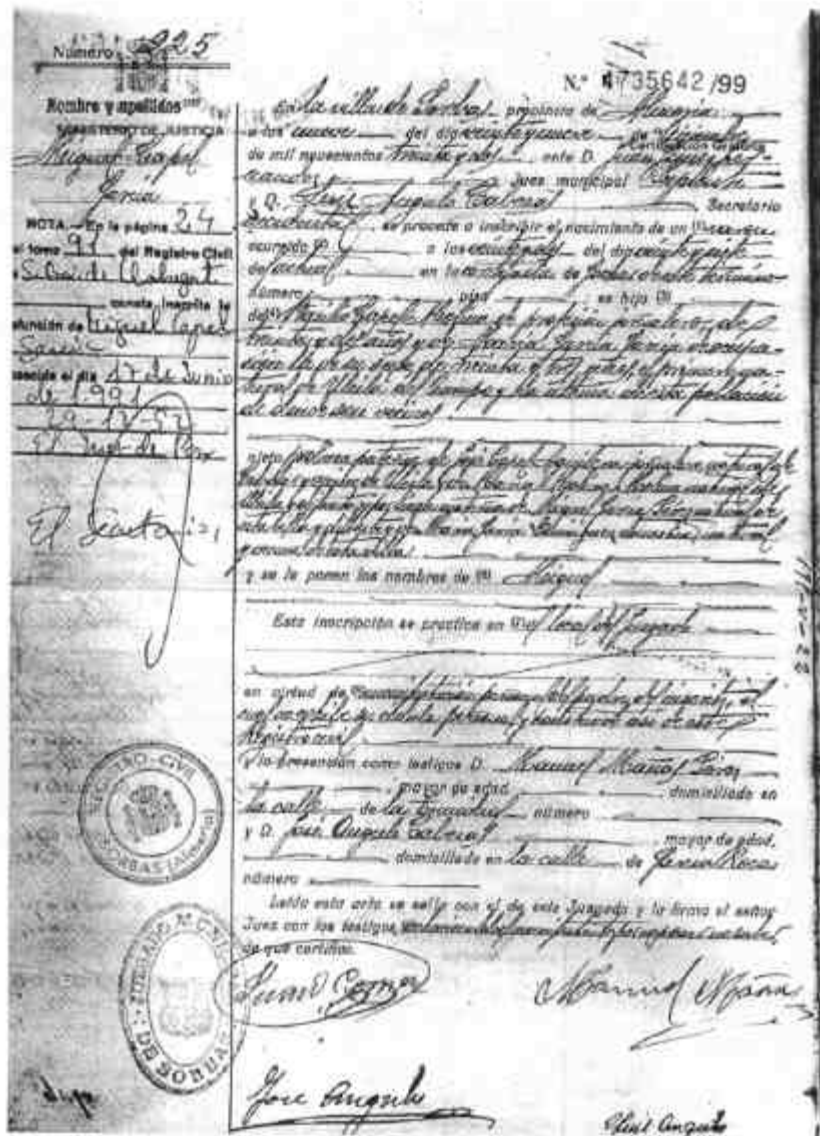
Todo lo que se diga de Miguel, sobre su forma de ser, de encarar o ver la vida, es mera hipótesis. Era una persona desconcertante y atípica. Era así mismo albergue de profundas desconfianzas y recelos, seguramente

ingrata emigración. Como pintor era persona aguda e incisivo observador, por éstas cualidades retuvo para siempre aquello que vio desde muy joven y que fue, como alguna vez me dio a entender el servilismo, el sometimiento y la humillación, que por la necesidad sufrieron aquellos que le rodeaban y que como él, se vieron abocados al desarraigo y la soledad.

Esto hay que decirlo así, porque fue causa de muchas aptitudes, que algunos tildaban de excéntricas, cuando no eran motivo de sorna. Aunque nada de ello se acerca a la verdadera causa, que no era otra que: Una merecida y lícita soberbia, para no aceptar ni la palabra de quien no le consideraba. No ceder ni una peseta, si de negociar se trataba. Y no admitir la duda respecto a sus cuadros, que era donde tenía todas sus seguridades y certidumbres y éstas eran tan firmes, que perturbaban, sobre todo a los que tenemos la duda como método y punto de partida.

Confieso que tengo debilidad, por cierto tipo de personas, que a otros muchos incomodan. Tal vez sea por mi inclinación a ir contra corriente o quizás, yo mismo sea una de esas personas, aunque reconozco con tristeza que no tengo los méritos necesarios para ello. Y digo esto porque Miguel era para muchos, persona fastidiosa y cortante. En cambio para mí, su trato me despertaba la emotividad y una inconfesada y sólida admiración, por aquello de lograr mantenerse limpio y primitivo, a pesar de todas las vicisitudes que hubo de vivir y superar a lo largo de su vida.

He de decir también que, teniendo la certeza de que Miguel me profesaba un sincero afecto. No me hizo de menos por ello y en más de una ocasión, fui víctima de algún ninguneo por su parte, cuestión que me incomodó en más de una ocasión, pero que logré superar, aceptando al personaje como era, ya que otros aspectos compensaban sus desaires, que a decir verdad, conmigo fueron escasos.



Partida de nacimiento de Miguel Capel

Expuestas estas pinceladas del Miguel que conocí, necesarias para imbricar al personaje con su obra, pasaré a relatar aquello que por otras personas supe de él. Aunque recopilé catálogos y artículos, que por los motivos expuestos en estos momentos no puedo usar, he de recurrir a la memoria, de momento tan fiel como los documentos, que seguramente en cualquier momento y cuando no los necesite aparecerán.

Sería allá por los años 1969 o 70, cuando uno de los diarios de más prestigio de Barcelona, dedicaba sus dos páginas semanales de arte a un tal Miguel Capel, en un artículo emotivo y emocionado, escrito por Santos Torruella, uno de los críticos de más prestigio y conocimientos, que sobre éste menester había en Eneña

Catedrático de Arte, amigo personal de Dalí y de Picasso y de toda la élite artística de la época, no tuvo reparo alguno, en dedicarle sus dos páginas a una exposición de Miguel, que se realizaba en una de las mejores galerías de la Ciudad.

En el mencionado artículo, además de grandes elogios a su pintura, relataba un esbozo de su vida y lugar de nacimiento. Que decía ser de Góchar (Almería) sin mención alguna a Sorbas, cuestión ésta que en principio me desconcertó, pensando que tal vez, en algún lugar de la provincia, podría haber un pago con el mismo nombre de la mencionada barriada de Sorbas. Máxime cuando ni en Almería, ni a los pintores que allí conocía, escuché jamás hablar ni hacer mención alguna, del tal Miguel Capel

En tan inesperada sorpresa, me faltó tiempo para visitar la exposición. Y allí, desde el cuadro que presidía el escaparate, hasta el último de todos los exhibidos, mis ojos sufrieron un pasmo y hube de bajarlos y reflexionar unos instantes, antes de proseguir su contemplación y análisis. Aquello era una fuerza primitiva y atávica llevada al lienzo. Toda la pintura Naif que conocía hasta entonces y la que conocí después era de juguete al lado de aquel vigor, que en desconocimiento de todo academicismo, del mínimo rigor y de cualquier método, surgía no se sabe como ni donde, para estamparse sin el más mínimo recato -con desvergüenza diría yo- en aquellas telas colgadas de la pared, inundando de dolor y dramatismo todo el ambiente. Aquellas Vírgenes de faz tétrica y torturada, en cuyo manto negro como la noche, se hundían multitud de puñales. No se sabe si para infundirle más dolor o para aliviar definitivamente, el que marcaba la oscura y doliente mirada.

A tales Vírgenes no le había crucificado un hijo. Si hablasen, dirían que su dolor es la sima del Universo, porque en él estaban crucificados todos los hijos del mundo, que eran suyos y que por eso su dolor, era un agujero negro injustificado y sórdido como la eternidad.

Las Vírgenes, las procesiones y las corridas de toros, fueron una constante en su pintura y aunque otros muchos motivos plasmó en su quehacer como pintor, fueron estos tres temas los que más me impactaron, tal vez porque en ellos se respiraba la nostalgia de la tierra lejana, y la perdida juventud, cuya ensoñación desarrollaba en sus cuadros.

Pintaba unas extrañas procesiones, que discurrían por los perfiles de cerros y quebradas al anochecer. En ellas destacaba el cura y la guardia civil, por tamaño y orden. Después el santo y detrás la multitud, que acompañaba a tan sugestiva comparsa. Por algún rincón del cuadro, alguien en medio de cirios y estandartes, llevaba la bandera Española, enseña que aparecía siempre que el cuadro fuese representativo de alguna circunstancia o hecho, en el que alrededor del tema central apareciese la multitud. Tal como si indicase, que la turba había de ser conducida por la divinidad o la bandera.

De las pocas veces, que vi reír abiertamente a Miguel, fue ante una observación mía, viendo uno de sus cuadros. Le dije que aquella procesión, la había sacado de Sorbas y la pintó al anochecer subiendo por el "Trechaculos", seguramente camino de Góchar. Debería de pensar y con razón, que tales acontecimientos habrían de discurrir también por las barriadas, aunque a ellos se opusiesen los costaleros que llevan a los Santos. No menos originales y memorables, eran sus corridas de toros, donde todo era secundario excepto la pareja de la Guardia Civil y la bandera roja y gualda, como marca de la España profunda que le tocó vivir y representación del orden y la armonía, en la llamada fiesta nacional.

Tal descripción no abunda en sus

indudables méritos, ni en la calidad artística de sus cuadros, que era mucha e importante. Su forma directa e irreflexiva con la que ejecutaba su pintura, le daban a ésta cierta forma y una profundidad por encima de cualquier convencionalismo. Aquellas masas de color, que hallaban su camino dirigidas por un pincel impetuoso y firme, que invadía o tapaba a otros colores sin el más mínimo pudor, produciendo tal movimiento de negros, pardos, verdes sucios y blancos escandalosos, en el intento de conseguirla representación deseada, que ésta al final quedaba en un plano olvidado y regalaba así conceptos distintos, para los que nos gusta la forma de hacer en pintura. Ya que ésta no es necesariamente la representación de cosas

Miguel era un PINTOR con mayúsculas, aunque desgraciadamente muchos hay, que confunden la obra con la persona que la crea y a ésta tampoco la entendieron. Es de lamentar, que la mayoría de las personas sean lineales y su vida y su visión, son una línea continua que no se altera nunca y así, difícilmente se puede apreciar aquello que rompe y perturba.

Es de agradecer, que ni Miguel ni su pintura, nunca estarán afortunadamente en el corazón y la mente de estas personas.

El inicio y descubrimiento de la pintura por Miguel, se debió a una larga convalecencia en un hospital de Francia, creo que aquejado por una tuberculosis. Y que para dominar el nervio y la inquietud, que a pesar de su dolencia hacía gala, no recuerdo



Corrida de toros

quién, puso en sus manos una caja de pintura, en el intento de dar con alguna actividad que le serenase. Si fuese creyente diría, que el Espíritu Santo impulsó la inconsciencia de algún bienaventurado, para que le diese las pinturas y con ellas, Miguel resucitó sus fantasmas, sus recuerdos y aquello que todos soñamos inútilmente. El retorno a la perdida infancia.

He de hacer la consideración sobre lo dicho y lo que habré de decir que, cuando el arte es un impulso, los que los amamos sufrimos su contagio. Es por ello que tengo la prevención, de que estas letras sobre la persona y la obra de Miguel, sean impulsivas y tal vez contradictorias. Más si es así, el camino es acertado, ya que Miguel así lo era y tal en tal camino seguiré este relato, en el afán de que a alguien interese la obra y persona motivo de estas letras.

Años después de la primera exposición que vi de Miguel, trabé relación con el galerista que montó tan importante exposición y con el crítico, que con tanta efusión y convencimiento habló de su pintura. Con ambos tuve amplias conversaciones sobre Miguel, que aún permanecía en el recuerdo de ambos.

El galerista y marchante de arte me contaba, que luchó hasta la extenuación con Miguel, para que consintiese en aceptar ciertas reglas del mercado, ya que según él, en Miguel había un filón y por ello estaba dispuesto a invertir en su promoción, todos los esfuerzos y el dinero que fuese necesario. Siempre y cuando Capel entendiese que, ese era su negocio, que en él invertía mucho tiempo y dinero y que por tanto, parte de la venta de sus cuadros tendría que resarcirle de tales inversiones. Al final, desanimado y desilusionado, dejó por imposible el empeño. Miguel jamás entendió, que otro que no fuese él, se beneficiase de sus dineros, como decía.

No era exagerado lo que el marchante me contó, pues posteriormente le conté a Miguel tal conversación, e intenté hacerle ver las ventajas que le suponía tal trato, si pretendía que le conociesen y vender sus cuadros. Inútiles fueron también mis palabras y mis consideraciones. Me contestó secamente, que de sus cuadros no viviría nadie que no fuese él.

Y de esta forma, Miguel pasó de ascender las escaleras del Olimpo, a

descenderlas, aunque siempre mantuvo su prestigio y su impronta como pintor, lo que no le privó nunca de ir vendiendo a coleccionistas y entendidos, a precios más que respetables.

En otra ocasión, el crítico de arte, Rafael Santos Torruella, me relataba, que en una cena de pintores, críticos y personalidades de la cultura. Tapies, siendo ya un pintor mundialmente reconocido, pidió sentarse junto a Miguel durante la cena, para conocerle, debido al interés que le despertó su pintura. Así se hizo y decía que concluida la cena, Tapies no quiso volver a saber nada de Miguel. Al parecer todo iba muy bien y las ocurrencias e ingenuidades de Miguel mantenían la atención de los que le rodeaban, mas en un momento dado, Tapies pidió a Miguel, intercambiar un cuadro entre ellos. Tal petición, parece ser que hubo de hacerla unas tres veces, ya que las dos primeras Miguel se hizo el sordo. A la tercera, parece ser que Miguel, se alzó impulsivamente de su asiento y le dijo a Tapies que podría ser muy famoso, pero lo que pintaba no valía un pimiento al lado de sus cuadros y por tanto, si quería un cuadro suyo que lo comprase, ya que él no tenía interés alguno en tener un Tapies.

A grandes rasgos, éste era Miguel Capel, para bien y para mal. Aunque por encima de todo ello, era una persona entrañable, que al final vio realizada una de sus mayores ilusiones. Y no fue otra, que tener habitable su casa para venir al pueblo y una vez allí y para los grandes acontecimientos, se encorsetaba en su traje, con su camisa blanca y zapatos de un negro reluciente, cogía el camino de Sorbas y por la trocha, bajaba por el "Trechaculos" hasta llegar a la plaza, donde nuevamente y con el pañuelo limpio, volvía a limpiarse los zapatos. Todos le vimos las noches de feria rondar solitario por la plaza, nervioso y sin parar un momento, con su eterno cigarro en los dedos, mirando fijamente a unos y otros.

Y para concluir, quisiera decir que la persona no es nada ni nadie. Desaparece y todo es polvo, que cierta memoria lo recrea. Pero cuando alguien ha dejado algo original y único, ese algo es lo que cuenta y lo que queda fue una obra importante, que hizo de Miguel un pintor no menos importante, que nadie en su tierra



Imagen pintada en una pared de su casa en Góchar

consideró. Siendo con toda seguridad uno de los mejores pintores que dio Almería y probablemente el mejor.

Sé el asombro que estas palabras producirán en algunos, pero es así y siempre me reafirmaré en ello, en **tanto no conozca otro que le supere en méritos.**

No es misión del Arte refugiarse en los sentimientos fáciles y halagadores; para eso ya hay otros. El Arte no es refugio de beatas y bienpensantes. Debe provocar aquellos sentimientos que nos incomodan y nos hacen ver las cosas de otra manera. **Debe despertarnos del letargo de la cotidianidad y debe hacernos sentir, aquellas sensaciones, que nunca** creímos ser capaces de apreciar y para ello, debe de incomodarnos y sacudirnos el polvo de la mediocridad.

Por todo lo expuesto y por mucho más, consideré siempre a Miguel Capel un gran artista y un provocador de Vírgenes, de Santos, Curas y Toreros.

Y ahora Miguel, si por algún extraño rincón de espuma escuchas mis palabras, advierte que, un paisano que sabe de estas cosas, reconoce y loa públicamente tus méritos. Tal vez una extraña noche se le crucen los cables, y con un tizón negro, sobre la encalada pared de una esquina cualquiera, furtivamente escriba: Calle de Miguel Capel (Pintor de Góchar).